

sus Estados; el Emperador pedia en vano que el Papa diese la institucion canónica á los obispos de Francia, y el Papa la rehusaba porque habia perdido su autoridad temporal. Pio VII confundia la tiara con su corona, y el anillo del pescador con el cetro. La consagracion de Napoleon era un mal argumento en favor del Pontífice romano. La alta comision eclesiástica que el Emperador se habia visto precisado á formar, diputó al Santo Padre proponiéndole el establecimiento de obispados en Barle-Duc, Rotterdam, Hambourg y Brema y la institucion de los obispos nombrados; se le ofrecia tambien la facultad de volver á Roma, con tal que prestase el juramento prescripto por el concordato, ó sino de residir en Aviñon donde ejerceria la soberanía espiritual, teniendo cerca de su persona á los residentes de las potencias cristianas, y por fin de renunciar á la soberanía temporal de Roma. Se avisaba asimismo á S. S. de la próxima convocacion de un concilio nacional. Pio VII, en su nota del 19 de mayo, admitió casi todas estas proposiciones, y el concilio se juntó en Paris, el 9 de junio siguiente. Se componia de cien obispos franceses, alemanes y italianos; y se

contempló competente para la institucion de los obispos. En virtud del concordato, el Papa habia de dar esta institucion, ó si se negaba, el metropolitano hacia sus veces. Tal fue el decreto del concilio, del 5 de agosto. El 20 de septiembre, el Papa confirmó este decreto, por un breve expedido en Savona; con todo, la tierra venció todavía al cielo. La corte pontifical rehusó lo prometido solemnemente, y, hasta el año 1819, cinco años despues de la caida de Napoleon, la Francia casi sin obispos, pudo creer que su rey ya no era el hijo primogénito de la Iglesia.

En el discurso de abertura del cuerpo legislativo, el 16 de junio, Napoleon manifestó claramente su pensamiento. «Los negocios de
» la religion han sido mezclados demasiado
» tiempo y sacrificados á los intereses de un
» estado de tercera clase. Si la mitad de la
» Europa se halla separada de la iglesia de
» Roma, debe atribuirse particularmente á la
» contradiccion que ha existido siempre entre
» las verdades y los principios de la religion,
» que han de regir á todo el Universo, y las
» pretensiones y los intereses que son peculia-
» res de un pequeño rincon de la Italia. He

» dado *para siempre* fin á este escándalo, reu-
 » niendo Roma á mi imperio. He concedido
 » palacios á los Papas en Roma y en Paris. Si
 » quieren cuidar de los intereses de la reli-
 » gion, vendran á menudo á vivir en el centro
 » de los negocios de la cristiandad. »

Napoleon habló con menos franqueza de los secretos de una nueva conjuracion británica, pero dejaba conocer que los habia penetrado.

«..... Los Ingleses fomentan todas las pa-
 » siones. Por una parte, suponen que la Fran-
 » cia ha fomentado unos proyectos alarman-
 » tes para las demás potencias..... Por otra,
 » procuran irritar el amor propio y encender
 » los celos de las naciones..... La guerra ge-
 » neral del continente puede sola asegurar su
 » prosperidad. Nada quiero que no se halle
 » estipulado en los tratados concluidos por
 » mí..... Me lisongo que la paz del conti-
 » nente no padecerá alteracion. »

Luego hablando de la España:

«..... La Inglaterra, dijo, se ha visto pre-
 » cisada á mudar la naturaleza de la guerra y
 » se ha hecho parte principal.... Esta lucha
 » contra Cartago, que segun parecia se habia

» de decidir sobre el campo de batalla del
 » Océano y mas allá de los mares, lo será en
 » las llanuras de las Españas..... Luego que la
 » Inglaterra se halle exhausta, cuando por fin
 » experimente los males que derrama sobre
 » el continente de veinte años á esta parte
 » con tanta crueldad, y cuando la mitad de
 » sus familias tendrá que cubrirse de luto,
 » un rayo dará fin á los negocios de la Penín-
 » sula, y vengará la Europa y el Asia, dando
 » fin á esta segunda guerra púnica. »

El desórden enérgico de estas últimas pala-
 bras expresaba la pasión que dominaba á Na-
 poleon, y señalaba al mismo tiempo el peligro
 que amenazaba á la Inglaterra, si no lograba
 destruir su enemigo. Así es que hizo sus pre-
 parativos para dar fin con un rayo, no á los
 negocios de la Península, sino á la lucha de
 su ódio implacable; pues conocia que el único
 medio que le quedaba para salvarse consistia
 en una guerra á muerte.

Tres meses despues, el 9 de septiembre,
 Napoleon salió para ir á visitar otra vez sus
 nuevas provincias de Holanda y examinar el
 estado en que se hallaban las obras inmensas
 mandadas emprender en su último viage en

las plazas fuertes y los puertos. El 4 de octubre, llegó á Amberes donde vió y pudo admirar los milagros de sus creaciones. Sobre la ribera izquierda del Escalda, donde solo existia un reducto dos años antes, se estaba edificando una ciudad de dos mil toesas de extension. Veinte y un navíos de guerra, entre los cuales ocho tenian tres puentes, estaban en construccion. Se habia cabado un puerto capaz de abrigar á noventa navíos de línea. El Escalda abierto desde su embocadero hasta Amberes para los mayores buques de toda clase, formaba una rada continua defendida por Flesinga y cinco otros pequeños puertos ó fortalezas. La Holanda se parecia á un inmenso puerto inexpugnable.

El Emperador visitó Willemstadt, Helvoestsluys, Dordrecht, Gorcum, la isla de Gorea, hizo su entrada solemne en Amsterdam, inspeccionó las fortificaciones del Helder, la escuadrilla del Texel, se detuvo en Rotterdam, en Delft, en Leyde, y volvió el 11 de noviembre, á San-Cloud por Dusseldorf y Colonia. Este viage de dos meses fue consagrado á las mejoras civiles, políticas, militares y marítimas de la Holanda. El Emperador

descubrió á este hermoso pais el secreto de su fuerza, y le hubiera dejado unos monumentos eternos de su ingenio, si dos años despues no hubiese sido invadido por los extranjeros.

El Emperador en cualquier parte que se hallase, desempeñaba todos los negocios del imperio. Los decretos relativos á las provincias de Iliria se expidieron en el palacio de Amsterdam, y varios otros lo fueron á bordo del *Carlo-Magno* sobre el Escalda. En llegando á Paris organizó definitivamente la universidad imperial y arregló el régimen interior. Luego despues, suprimió la feudalidad en los nuevos departamentos de las bocas del Weser y de las bocas del Elba; prorogó la amnistía concedida á los emigrados y determinó las reglas que habian de seguirse en el ejercicio de la libertad de la imprenta. La naturaleza, los títulos y hasta el número de los periódicos, así como el nombre de las ciudades donde debian salir, quedaron irrevocablemente fijados y especificados. Una censura inquieta, recelosa, minuciosa y hostil, bajo la responsabilidad de las autoridades locales, era el argos de esta periodicidad ilusoria. Napo-

leon se mostró menos celoso del dominio de la conciencia que del pensamiento; este último decreto tuvo un resultado funesto. Los hombres generosos, cuyos talentos y opinión hacen la fuerza de los Estados, se separaron del gobierno. La nación se dividió en dos partes; la una se componía del ejército y de todos los que tenían relaciones con la autoridad; y la otra del resto del pueblo francés. Cuando llegaron los días infaustos de Napoleón, la Francia, resentida por haber sido despojada de casi todas las conquistas morales de su gloriosa revolución, quedó inmóvil, y lo que no hubieran podido conseguir ni la invasión de un millón de extranjeros, ni las conjuraciones de los enemigos políticos del interior, fue el resultado de la inmovilidad de la Francia, aunque admirase y amase á Napoleón.

La España estando conquistada ú ocupada y todo el continente en paz ó sometido, causó bastante inquietud el llamamiento de ciento y veinte mil conscriptos, en el mes de diciembre de 1811. Napoleón solo sabía los motivos de esta medida. Los preparativos que la Rusia hacía secretamente indica-

ban sus proyectos, cuya ejecución estaba detenida por la guerra que sostenía todavía contra los Turcos.

FIN DEL LIBRO DUODÉCIMO.